

BIBLIOTECA

The background of the cover is a painting of a man in a white suit and tie, looking down with a serious expression. He is standing in a dramatic, orange-toned setting that appears to be a city street at night or a scene of destruction. The lighting is warm and intense, creating a sense of mystery and tension.

**EL CADAVER
Y EL DOCTOR
MAX MURRAY**

En la ciudad de Singapur, enclavada en el extremo de la península malaya, la vida discurre a velocidades distintas y, en particular, al ritmo de toda clase de ruidos. Puede ser tan estrepitosa como un entierro chino o tan silencioso como un trishaw. El trishaw es un vehículo que el progreso ha producido por evolución del Rick Shaw; ambos sirven para transportar viajeros por tracción humana, pero mientras que el muchacho que tira de un rickshaw corre, el que conduce un trishaw pedalea, lo cual, por alguna razón u otra, se considera más digno. El conductor de este último no tira de él como una bestia de carga, sólo pedalea como tal, sistema de propulsión menos natural y, en consecuencia, más progresivo. En una calle quieta el trishaw es tan silencioso que el pasajero sensible cree oír trazumar la transpiración de los desnudos muslos de su conductor.

EL CADÁVER Y EL DOCTOR

Max Murray

CAPÍTULO PRIMERO

En la ciudad de Singapur, enclavada en el extremo de la península malaya, la vida discurre a velocidades distintas y, en particular, al ritmo de toda clase de ruidos. Puede ser tan estrepitosa como un entierro chino o tan silencioso como un trishaw. El trishaw es un vehículo que el progreso ha producido por evolución del Rick Shaw; ambos sirven para transportar viajeros por tracción humana, pero mientras que el muchacho que tira de un rickshaw corre, el que conduce un trishaw pedalea, lo cual, por alguna razón u otra, se considera más digno. El conductor de este último no tira de él como una bestia de carga, sólo pedalea como tal, sistema de propulsión menos natural y, en consecuencia, más progresivo. En una calle quieta el trishaw es tan silencioso que el pasajero sensible cree oír trazumar la transpiración de los desnudos muslos de su conductor.

Michael West sabía que el conductor de su trishaw no se sentía particularmente contento de llevarlo como pasajero, y ello por varias razones de peso. En primer lugar, Michael era funcionario del Cuerpo de Policía y por tanto conocía exactamente el trayecto a seguir; y en segundo lugar, al final del mismo, el muchacho sólo esperaba recibir el importe exacto de la carrera y un mínimo normal de propina. Él hubiera preferido un turista, pero el destino le había deparado un policía y eso era cosa de la fatalidad.

Michael West sabía lo que el muchacho estaba pensando. Era mucho lo que había vivido desde que él, West, llegara a Singapur por primera vez. Ahora sabía que los mu-

chachos que conducían los trishaws eran seres humanos, con esposas e hijos tuberculosos, y que abrigaban la esperanza de reunir, al cabo de unos años, lo suficiente para escapar a un trabajo que les acortaba la vida. Sabía que los pasajeros que gustaban menos a esos muchachos eran los de su propia raza y los mal pagados funcionarios y sus esposas; particularmente, sus esposas. De todos los medios de transporte era éste el que West más detestaba: un ser humano acarreado a otro a su punto de destino. Era algo lento, silencioso y degradante. Pero el cochecito de su propiedad había decidido tomarse un, bien ganado descanso, y el Comisario no tenía el hábito de transportar a subalternos desde sus villas a la base. Y eso solía ocurrir a intervalos regulares.

Se apeó ante la Jefatura de policía, pagó al muchacho el importe exacto de la carrera, diciéndole a continuación:

–Estoy buscando un coco con tres ojos. Toma eso y si das con uno lo rajas por mí. –Le entregó al muchacho el doble del importe de la carrera al tiempo que le echaba una severa mirada desaprobadora—. Y ahora nada de tonterías. Quiero un coco de tres ojos, ni uno más ni uno menos.

–Sí, señor –contestó el muchacho. En realidad no era ya un muchacho—. Sí, señor, lo rajaré tan pronto encuentre uno.

El jefe inmediato de Michael hacía veintitrés años que residía en Singapur. Seguía soltero y aparentaba ansiar el momento en que podría jubilarse y regresar a la metrópoli. A Michael le constaba que su jefe temía en realidad aquel momento. Era un hombre alto, bastante corpulento y de agradable presencia, pero ya resultaba un poco difícil mantener esbelta la línea de su cintura y, en ocasiones, se había pillado a sí mismo con los hombros hundidos.

Alzó la mirada al entrar Michael West y sintió un alfilerazo de envidia. El joven era demasiado bien parecido. Claro está que el muchacho no tenía la culpa de ello, pero

le hacía sentirse viejo y envarado y, por así decirlo, lo bastante maduro para ser retirado de la circulación. Aunque West no era en modo alguno engreído, su manera de mantener la cabeza erguida y sus labios curvados en una sonrisa ligeramente burlona, sugerían que medio mundo sería suyo cómo y cuándo se lo propusiera. Su piel, tan morena como la de un coco, motivaba que su cabello descolorido por el sol pareciera casi blanco.

—¡Ah, ya está usted aquí, muchacho! ¿Qué tal fue el tiroteo?

Michael West sonrió burlonamente.

—El tiroteo, magnífico. Lástima que la mayor parte fuera dirigido contra mí.

—¿Qué ocurrió?

George Raeburn no demostró sorpresa alguna. Como se ha dicho anteriormente, hacía veintitrés años que residía en aquel territorio y nada veía de sorprendente en que le dispararan a uno.

—Caí en una pequeña emboscada.

—¡Borríco! Debiera usted haber venido con un convoy.

—Lo hice, pero el coche empezó a fallarme y quedé rezagado. Mi cacharro no es precisamente un último y lujoso modelo. Y los otros debieron de olvidarse que les seguía a trompicones. Luego me quedé atascado por completo y a aquellos canallas les dio por achicharrarme desde cubierto.

—¡Cerdos! ¿Qué hizo usted entonces?

—Apearme y echar a correr en busca de la curva más cercana. Corrí como un condenado, o mejor dicho, derrochando clase olímpica. Es verdad que las balas corrían un poco más veloces que yo, pero no mucho más. Me fue posible emplear algo de estrategia evasiva, de manera que fallaron el blanco.

George Raeburn se rió, divertido ante la imagen de su subordinado, tan seguro de sí mismo, salvándose por pies.

–A esta velocidad probablemente dio alcance al convoy –comentó.

–No del todo.

–¿Qué hizo después? ¿Galopar todo el trecho hasta Causeway?

–No; uno de los del convoy echó de menos algo y decidieron que debía ser yo. Regresaron por mí.

–¿Cogieron a los bandidos?

–¡Por supuesto que no!

–No, desde luego. El personal que nos destinan aquí es incapaz de coger a una niñera en Hyde Park, aunque puede apostar la cabeza que pondrían en ello sus cinco sentidos. –Era una pugna que existía de antiguo entre ambos Servicios. Sin embargo, el Mayor lo dijo sin sombra de rencor y se enfrascó en sus papeles–. Después de su horripilante experiencia, ¿se siente con fuerzas de trabajar un poquito?

Era un humorismo tosco, pero Michael sabía que George Raeburn lamentaba no haber estado a su lado en la carretera de la península y que tenía la sensación de haberse perdido algo.

–No le agotará mucho –prosiguió el Mayor–. Se trata de una denuncia, y me figuro es obra de algún chiflado. Pero cada vez que echo al cesto de los papeles la denuncia de un chiflado, rebota y me da en las narices. Por otra parte, si le doy curso, me despellejan vivo cosa de la cual uno puede estar seguro en éste por malgastar los fondos del Ministerio. Sólo hay una Servicio, y es la de no tener nunca razón.

Su subordinado se echó a reír.

–Cierto, señor. Ahora dígame usted si le cabe en la cabeza que un tipo como yo haya podido ser tan flojo de mollera como para alistarse en un servicio que lo ha confinado en este maldito agujero.

–Precisamente. –George Raeburn carraspeó y le tendió una carta por encima del escritorio–. ¿Qué opina us-

ted de eso?

Era una carta manuscrita en un papel encabezado con el nombre de un barco.

*M. S. Rimini Puerto de Singapur
Al Comisario de Policía.
Señor:*

La presente es para informarle que desde que ha llegado a Singapur el buque citado más arriba tengo motivos para creer que en la lista de pasajeros figura una persona a quien se la busca por asesinato.

Le agradeceré envíe usted un agente a bordo tan pronto como sea posible. La persona a la cual me refiero viaja con nombre supuesto y tengo razones para sospechar que sabe que la he identificado. En estas circunstancias comprenderá usted que sería temerario hacerse de nuevo a la mar con ese pasajero en el mismo barco.

Ocupo la serie de camarotes de lujo, reservada para armador, y espero que su agente acuda a establecer contacto conmigo.

*De usted atento,
Everitt Stock.*

La carta no gustó a Michael West. Ni su contenido ni su tono.

–Reza como una orden, ¿no le parece?

–Demasiado.

–Aborrezco a los acusones.

–Tampoco me agrada a mí eso de «la serie de camarotes de lujo reservada para el armador»; Pero es cierto: un tal Everitt Stock ocupa esos camarotes. Acabo de examinar la lista de pasajeros. Apostaría que todo ello es obra de algún jovenzuelo que ha querido gastarle una broma pesada a un pelmazo cualquiera, seguramente un asno pom-

poso de esos que se figuran ser mejores que el resto de la humanidad. Cada buque cuenta con uno a bordo.

Michael se daba cuenta de que le divertía que sucedieran hechos así.

–Probablemente tratarán de persuadirle para que lo detenga –dijo.

–Probablemente. ¡Pero, por todos los Santos, no le arreste ni se le ocurra mezclarse en un bromazo cuyo final sería hacerme perder mi retiro!

Michael West era lo bastante joven todavía para sorprenderse de que el retiro de un hombre dependiera de la broma gastada a bordo de una nave. El hecho de que le sorprendiera era de por sí un contraste de apreciación a causa de la diferencia de sus edades. De pronto sintió por George Raeburn un gran afecto y comprensión. Las palabras «larga y honorable carrera» significaban exactamente lo que decían. A pesar de todo, el Mayor había hecho honor a ellas.

El joven dijo con seriedad:

–Nunca he oído mencionar ese barco. Creía conocer a todos cuantos cubren las líneas regulares.

–Ése no pertenece a ninguna línea regular. Ha sido fletado para un crucero de lujo: la vuelta alrededor del mundo; verlo todo. Es curioso como las gentes ambicionan tragarse el mundo de un sorbo. Y lo hacen. La mayoría de esos viajes están bien organizados, aunque éste, al parecer, no lo está tanto. Nuestros agentes del puerto informan que todo parece ir mal... que falta organización. Esta mañana ha venido a visitarme una joven, una enfermera del Servicio Colonial. Un amor de chiquilla. Gustoso me la hubiera llevado a almorzar conmigo; pero estaba medio trastornada, con la idea fija de las malas condiciones que reinan a bordo. La verdad, confieso que no presté mucha atención a lo que decía. Era endiabladamente atractiva.

–Dejó escapar un suspiro. –Ojalá las muchachas pelirrojas y con buena figura dejaran esa clase de juegos de pala-

bras cruzadas a personas a quienes uno pudiera oír sin tener que mirarlas—. Frunció el ceño. —Vamos a ver, ¿de qué me habló? ¡Ah, sí! Se refirió a un grupo de pasajeros que embarcó en Batavia. Según parece no figuraban en el programa establecido. Personas de buena condición social, merecedoras por lo visto de la gratitud de su patria, se encuentran hacinadas en la bodega. Le dije que cuando ella habría servido a una patria agradecida tantos años como yo, consideraría esos abusos como la cosa más natural del mundo—. Cogió una pipa y la atiborró de tabaco. —Ése es el panorama, muchacho. Sea prudente en cuanto al bromazo, maneje con cautela al tal *Everitt Stock* y busque a la pelirroja. Yo tengo mucha más experiencia que usted de estas cosas.

—Sí, señor.

Michael West cogió el casco y se dirigió a su despacho particular. Ordenó al agente a su servicio que dispusiera la lancha de la policía. Mientras tanto, él hizo una llamada por teléfono, aceptó una invitación a una cena seguida de baile, todo lo cual formaba parte de la rutina del servicio.

El *Rimini*, un magnífico buque de elegante casco blanco, dos chimeneas inclinadas hacia popa y pintadas de azul y blanco, semejaba el anuncio de un fascinante cruce-ro por Oriente. Al fondo destacábase la línea de la escollera, y en torno al buque, aunque empequeñecidas por su mole, se concentraban las embarcaciones locales portuarias, sucias, ruidosas y atareadas. Sería tan fácil inclinarse por encima de la barandilla del buque, mirar hacia abajo y experimentar la sensación de que, protegido por la distancia, contemplaba uno como vivía el resto del mundo.

Pero al aproximarse en su lancha Michael West tuvo la impresión de que la nave aparecía extraordinariamente inerte. Le constaba que en el puerto de Singapur los buques entraban y salían sin apenas detenerse. Las embarcaciones de aquel porte se mostraban siempre impacientes por zarpar. En el instante mismo de fondear se veían aco-

sadas por todos lados por representantes, funcionarios del puerto, policías, tanques de combustible, remolcadores... Las lanchas acudían en tropel para llevarse al pasaje en excursiones relámpago: del Causeway a Jahore, al palacio del sultán, al parque zoológico, a oír decir a los guías que los árboles que estaban contemplando eran los árboles del caucho, admirar las fabulosas residencias de un chino millonario, tomarse una copa en el famoso «Raffles Hotel», para luego regresar al buque y hacerse a la mar. Una frenética vaharada del Oriente y el regreso a un buque que era un hogar, reflejo del que poseían en la patria. Unos cuantos días más de tranquilidad ordenada antes de precipitarse al éxodo siguiente.

En cambio, aquel buque ofrecía un aspecto distinto. No se veía una sola de las innumerables y pequeñas embarcaciones que debieran haber estado empujándose junto al portalón. El joven sabía que su llegada constituía una diversión. A falta de otra cosa mejor en que fijar su interés, los pasajeros observaban con atención la llegada del elegante bote a motor de la policía rebosante de brillantes metales, expectantes por lo que a formalidades sugería. West se ajustó el cuello del uniforme, enderezando, además, su casco. Ignoró a los mirones que, apoyados en la borda, le contemplaban desde lo alto. Instintivamente sentía impulsos de levantar la vista y dedicarles al menos una sonrisa de excusa, pero se contuvo. Aguardó a que el timonel hiciera la maniobra de abarloar junto al portalón y el marinero cobrara el cabo que le largaron desde arriba, tras lo cual la lancha oficial quedó amarrada.

Un camarero le dijo que encontraría probablemente al señor *Stock* en el salón de proa. Se llegaba allí por la última puerta de la cubierta, la misma cubierta en que se hallaban. «Le indicaré quién es», dijo, y echó a andar delante de él. Le señaló una butaca de alto respaldo situada en el rincón más alejado de la sala, debajo de un grande y silencioso ventilador de techo.

La parte alta de la cabeza del hombre sobresalía por encima del respaldo de la butaca. El aire del ventilador agitaba su ralo cabello castaño, dando la impresión de que las finas mechass hacían débiles esfuerzos por desprenderse del cuero cabelludo.

El hombre estaba recostado, diríase que casi retrepado en su asiento, y sus manos asían los brazos de la butaca.

—¿Señor *Stock*?

No hubo respuesta. *Everitt Stock* no se dio vuelta; continuó mirando fijamente la pared opuesta.

El señor *Stock* era o muy descortés o muy sordo. *West* elevó un poco la voz.

—Disculpe; supongo que usted es el señor *Everitt Stock*.

Tampoco esta vez obtuvo respuesta.

Si el individuo era sordo como una tapia, la única forma de llamar su atención sería situándose enfrente de él. Así lo hizo *Michael*. Se le quedó mirando largo rato en silencio.

—Quizás hubiera debido decir: era el señor *Stock*: —comentó entonces en voz alta.

Le tomó el pulso. No daba la menor señal de latirle. Percibió al camarero al otro lado del salón, en apariencia ocupado en un quehacer: en realidad, observándole.

West le hizo seña de que se acercara.

—Será mejor que llame al médico.

—¿El médico de a bordo o bien el suyo particular, señor?

Michael imprimió a la orden un tono de urgencia.

—Cualquiera, pero traiga un médico, aprisa.

Hubiera debido decirle al camarero que cerrara el salón. En aquel momento, entró una joven. Al pasar le echó una mirada reparando en el uniforme del policía, como si le fuera familiar. Inició una sonrisa; pero, de pronto, bruscamente, preguntó:

—¿Ocurre algo?

–Parece que alguien se encuentra enfermo. He enviado a buscar al médico. No se preocupe.

Ella se dirigió a la butaca.

–Soy enfermera –anunció.

Ignorando a Michael miró más de cerca al hombre sentado en la butaca, examinándole rápidamente.

–Ha muerto –dijo por último; y se volvió de cara a Michael como si el hecho le resultara increíble–. ¡Pero si no le ocurría nada!

Se la veía desconcertada, al igual que una niña ante los embaucamientos de un prestidigitador, como si hubiera visto esfumarse ante sus ojos algo tangible. West se olvidó al instante del grotesco cadáver de la butaca, de su mirada fija, y enfocó su atención a la muchacha. Recordaba que antaño, de niño, alguien había intentado describirle un hada. Ahora se le ocurrió de repente que un hada podía muy bien tener una cabellera roja, peinada hacia atrás, que enmarcara un rostro ovalado, y lucir un ligero polvillo de pecas sobre la nariz.

–Me llamo West –informó–. Tenía concertada una cita con el señor *Stock*. Soy policía.

Ella asintió.

–¡Como si yo no lo supiera! Pertenezco al cuerpo de enfermeras coloniales.

Tenía una manera de iluminar sus ojos en una sonrisa que ésta apenas precisaba aflorarle a los labios.

Michael volvió a la butaca y a su ocupante.

–¿Qué lío es éste? Tenía concertada una cita con él –repitió.

–Pues no lo ha tenido en cuenta, ¿verdad? –Su voz no sonaba del todo natural.

–Vine aquí convencido de que se trataba de una broma. Ya sabe, una especie de diversión ideada por algunos pasajeros a fin de hacer comparecer la policía local a bordo y obligarla a tomar parte en una investigación sin fundamento. El señor *Stock* nos escribió, o alguna otra perso-

na lo hizo en su nombre, que le constaba había un asesino en este buque. No tomamos la cosa en serio, pero consideramos que era preciso asegurarnos, desde luego. Cuando al atracar mi lancha percibí a la mitad del pasaje que miraba hacia mí, pensé que la gamberrada daba comienzo en aquel punto. –Miró el cuerpo inerte de la butaca y luego desvió la vista—. Una vez aquí, la broma ya no me resulta tan divertida.

La joven presionó su cabello como intentando dominarlo.

–Pero ¿por qué diría él que hay un asesino en el buque? ¿Cómo podía saberlo?... ¿Cómo podía pensar tal cosa?

–Lo ignoro. –Se miraron mutuamente como si su respectivo desconcierto naciera de causas diferentes—. Tiene el aspecto de una broma que ha fallado.

–Pero si no le ocurría nada –repitió ahora ella.

–Hace solamente unos minutos que estoy a bordo, de modo que no puedo opinar. Sin embargo, el camarero acaba de preguntarme si yo requería el médico de a bordo o bien el particular del interfecto. Dígame, enfermera, si no estaba enfermo, ¿a santo de qué le atendía un médico particular?

La muchacha suspiró profundamente. Sin mirar, intuyó la presencia de Glen Andrews en la sala. Diose vuelta, de suerte que quedó entre los dos hombres.

–Le presento el médico particular del señor *Stock*. Doctor Andrews, el inspector West.

Michael West experimentó la sensación de que los personajes de aquel drama se le venían encima en masa. Existía el individuo de la butaca y el desconocido personaje tachado de asesino. Existía un médico particular encargado de cuidar a un hombre sano; y existía la enfermera Spry, enfermera Audrey Spry según la lista de pasajeros, la cual se sentía desconcertada porque Everitt *Stock* había muerto.

El inspector no quitó los ojos del doctor Andrews mientras éste se acercaba a la butaca y se inclinaba sobre el cadáver. Consideraba de suma importancia procurarse una impresión del recién llegado, al objeto de situarlo en el cuadro y poder discutir el caso con el Mayor al regresar a tierra. George Raeburn se pintaba sólo en cuestión de descripciones. Insistía en los detalles; cómo se habían comportado los personajes, cómo iban vestidos, lo que habían dicho y cómo lo habían dicho. Al igual que la Cenicienta deseaba conocer todos los pormenores del baile a fin de revivirlo de punta a rabo. Michael pensó en todo ello como si estuviera relatándole los hechos a George Raeburn:

«Era la chica de quien usted me habló, la que vino a quejarse de las malas condiciones de alojamiento del buque. Digamos que rondaba por allí y entró. Nada más verlo, supo enseguida que estaba muerto, pero no podía creerlo porque le parecía inaudito. Trajeron al médico particular del difunto, un tal doctor Andrews, quien le practicó un reconocimiento, dándome la impresión de hallarse tan perdido como yo mismo. Yo me decía que todo ello carecía de sentido».

Se representó a su jefe, con su afición por las descripciones precisas como fotografías en blanco y negro, preguntándole impaciente: «Pero, ese Andrews, ¿qué clase de individuo es? Diablos, uno no acepta el trabajo de cuidar a un hombre sano, en todo caso no si es un médico auténtico. Un curandero, bueno; pero no un auténtico doctor».

Michael West trató de pensar la respuesta que daría a eso. Glen Andrews estaba actuando a la manera de alguien que se ve enfrentado con un problema genuino. Parecía hacer olvidado que se hallaba presente un policía que no le quitaba la vista de encima. Había olvidado que Audrey Spry le estaba observando, a la expectativa, como